

La elección de Dios

Por el cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. ANTONIO GARRIGUES DÍAZ-CAÑABATE (*)

Voy a hacer ante Vds. la presentación del libro escrito por el Cardenal Lustiger. Se trata de un diálogo con dos periodistas muy famosos: Misika y Wolton; uno escéptico y otro agnóstico. Es un diálogo pero muy elaborado, muy repensado.

El centro de mis palabras va a ser la primera parte, es decir, las raíces, la conversión, judaísmo y cristianismo. El judaísmo es uno de los grandes misterios de la historia; voy a hacer un breve resumen:

Yahvé-Dios dijo a Abraham: «Vete de tu tierra y de tu patria, y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre, que servirá de bendición. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (Gen. 12,1). Abraham salió de Ur de los caldeos y marchó a la tierra que Yahvé le había de mostrar. Esta tierra era Canaán.

Abraham llega a ella hacia el año 2000 a. de C. (ésta y todas las dataciones siguientes son presunciones). Jacob, nieto de Abraham, y sus 12 hijos —las 12 tribus— se establecieron en Egipto hacia el año 1700 a. de C., y sus descendientes permanecieron en «tierra extraña», esclavizados, más de cuatrocientos años. En Egipto, el pueblo de Israel toma cuerpo y conciencia de su identidad, manteniendo la fe monoteísta de Abraham frente a la multiplicidad de dioses egipcios. El éxodo, la liberación por Moisés de la esclavitud egipcia, tiene lugar entre 1250

(*) Sesión del martes 14 de marzo de 1989.

y 1225, y después de unos cuarenta años por el desierto del Sinaí —donde se producirán los acontecimientos que marcarán de manera indeleble al pueblo hebreo— Josué, al frente de los descendientes de los israelitas, que atravesaron el «mar de las cañas» a pie enjuto —y que fueron repudiados por su infidelidad— invade, pasando el Jordán también a pie enjuto, la «tierra prometida», entre 1220 y 1200; más o menos la época de la mítica guerra de Troya.

Después de alrededor de quinientos años, los israelitas, acrecidos y multiplicados grandemente, están de nuevo en la tierra que mana «leche y miel», pero ahora no como pastores nómadas sino como un pueblo en armas que, para establecerse, cumpliendo la «promesa», tiene que vencer y desplazar —y muchas veces que aniquilar— al enjambre de pueblos que la ocupan. Es una lucha cruenta e interminable, sobre todo más tarde, contra los «pueblos del mar» —procedentes probablemente de Creta— los filisteos, de donde deriva el nombre de Palestina.

A partir de entonces, las vicisitudes y los avatares del pueblo de Israel en tierra palestina, son incontables e insondables, como una de las páginas más profundas de la historia de la humanidad. El momento estelar lo alcanza con los reyes David y Salomón, dos personajes en los que la gracia y los dones de Dios se derraman en forma desbordante. De la estirpe de David nacerá la esperanza de Israel que los judíos no reconocieron, el Mesías, el que había de venir en nombre del Señor, el Hijo de Dios.

A la muerte de Salomón, el reino se divide en dos: Judá será el reino del sur, e Israel el del norte. El reino de Judá tendrá por capital Jerusalén, y el de Israel, Samaria. Este último, el del norte, será destruido por Asiria en el año 722, y el del sur desaparecerá como reino en el año 587, a manos de Nabucodonosor. El Templo, construido por Salomón y centro espiritual del pueblo judío, será incendiado y destruido. Pero el tiempo del destierro es la época de los profetas, que darán al pueblo hebreo el mayor tesoro espiritual y poético de su historia y de la historia de la humanidad.

Cuando a partir del año 538 comiencen a volver a Babilonia los descendientes de los judíos exiliados en el 587, en Judá no se restablecerá la situación de soberanía anterior al destierro; estarán a merced de los persas, primero; después, de los macedonios de Alejandro Magno y de sus sucesores y, finalmente, de Roma.

Contra el «impío» dominio romano, las tensiones terminaron en rebelión, y es el emperador Tito, el hijo de Vespasiano, en tres campañas que terminaron con la caída de Jerusalén en el año setenta, el que la domina y vence. El Templo, reedificado después de la terminación del exilio de Babilonia, fue destruido de nuevo, y así ha permanecido hasta nuestros días. Pocos años después, con la destrucción del fuerte de Mesara, la diáspora —que fue siempre un fenómeno típicamente judío, con carácter esporádico— se hace masiva. Parecía que el misterioso vínculo entre el pueblo de Israel, la «tierra prometida» y el Templo, quedaba roto para siempre. Con esa gran diáspora, el pueblo de Israel se desparrama por todo el orbe, convirtiéndose en un pueblo peregrino, pero sin perder nunca su identi-

dad, y siempre con la nostalgia de una Jerusalén entre la tierra y el cielo. La «Ley» se convierte en la patria portátil del judío errante.

Esta es la religión de Lustiger. Ser judío no es pertenecer al actual Estado de Israel, como no lo era en los tiempos bíblicos pertenecer al Estado de Judá o de Israel.

Del Estado de Israel, Lustiger dice: «Bajo el desafío insensato que representa este Estado de Israel, en la cara oculta del “iceberg”, hay cuatro milenios de fe y de sacrificios.»

Ahora bien, esta larga historia «no se ha hecho simplemente para construir un Estado socialista o pequeño burgués». Y cuando se le cuestiona que hay una interpretación religiosa y sagrada del Estado de Israel pero que hay también que dejar tranquilos a los israelitas, él argumenta: «Dejarlos tranquilos sí, pero sólo podrán vivir tranquilos si olvidan lo que son.»

Lustiger se convierte al cristianismo, ¿cómo? Estas son sus palabras sobre su tránsito de la Sinagoga a la Iglesia Católica: «Mi deseo de ser bautizado ocurrió en la Catedral de Orleans, en el curso de la Semana Santa, justo antes de la Pascua del 40. Un día entré en la Catedral, que estaba en mi camino cotidiano del Liceo. Entré un día que después supe que era Jueves Santo. No sabía por qué estaba allí ni por qué pasaban estas cosas dentro de mí. Al día siguiente volví a la Catedral; la iglesia estaba vacía, espiritualmente también. Yo no sabía que era Viernes Santo y en el momento pensé: quiero ser bautizado.»

¿Cómo se explica este tránsito que parece tan brusco, del Antiguo al Nuevo Testamento? Porque no es un cambio, una transición, una renuncia. En Isaías, el primero de los cuatro grandes profetas, se leen textos como estos: «Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal: he aquí que la doncella ha concebido y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel.» «Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, el señorío reposará en su hombro, y se llamará Admirable-Consejero, Dios-Poderoso, Siempre-Padre, Príncipe de la Paz. Grande es su señorío y la paz no tendrá fin sobre el trono de David y sobre su reino, para consolidarlo y restaurarlo por la equidad y la justicia. Desde ahora y hasta siempre, el celo de Yahvé Sebaot hará eso...» «Y el brazo de Yahvé ¿a quién se reveló? Creció como un retoño delante de nosotros, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de los hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas éramos, cada uno marchó por su camino, y Yahvéh descargó sobre él las culpas de todos nosotros. Fue oprimido y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado y de su causa ¿quién se preocupa? Fue arrancado de la tierra de los vivos, por

nuestras rebeldías fue entregado a la muerte y se puso su sepultura entre los malvados.»

Y en el Nuevo Testamento, San Pablo vive este problema en su carne y en su sangre. Su caída en el camino de Damasco no le aparta, en lo más profundo de la conciencia, de su condición de judío, al contrario, se siente más plenamente judío que el Saulo celoso y encarnizado perseguidor de los cristianos. San Pablo no rechaza el problema porque para él los problemas radicales del hombre no son problemas sino misterios, y éstos revelan la realidad no como la luz del sol disipando y erradicando las tinieblas —que, por cierto, siempre vuelven— sino como una luz que es luminosa pero oscuramente luminosa, que pide un entendimiento no puramente racional que, aunque todavía en sombras y naciendo de ellas, se abre a la esperanza de una fe sincera.

El conoce que el reino de Dios, Cristo Jesús no lo había anunciado oficialmente nada más que en el templo y en las sinagogas, pero sabía también que estaba escrito que vendrían muchos del Levante y del Poniente y que tendrían asiento en el festín como Abraham, con Isaac y Jacob, en el reino de los cielos, tal como se había anunciado en Isaías y en el apóstol Mateo; es decir, que la Buena Nueva era una fuerza de Dios para la salud de todo hombre que cree; en primer término los judíos, después los griegos y los gentiles.

Pero ¿qué le ha pasado a Israel con el «escándalo de la cruz»? San Pablo expresa su pasión de puro judío: «Siento una gran pena y un dolor interno e incesante, pues por el bien de nuestros hermanos, los de mi raza y sangre, quisiera ser yo mismo un proscrito lejos del Mesías. Ellos descienden de Israel, fueron adoptados como hijos, tienen la presencia de Dios, la Alianza, la Ley, el culto y las promesas, y suyos son los Patriarcas y de ellos, en lo humano, nació el Mesías.»

Y entonces se pregunta ¿habrá desechado Dios a su pueblo? Y contesta resueltamente: «Dios no ha desechado a su pueblo que El eligió.» Y vuelve a preguntarse: «¿Han caído (sus hermanos) para no levantarse? Por supuesto que no; si por haber caído ellos la salvación ha pasado a los paganos, es para dar envidia a Israel.» «Y por otra parte, si su caída ha supuesto riqueza para el mundo, es decir, si su devaluación ha supuesto riqueza para los paganos, ¿qué no será su afluencia en masas? Y con otras palabras, “la obcecación de una parte de Israel durará hasta que entre el conjunto de los pueblos, entonces todo Israel se salvará”.» Y a los paganos cristianizados les amonestará diciendo: «Si es verdad que han desgajado algunas ramas del olivo originario de Israel, y que entre las que quedaban han sido ellos, que eran de acebuche, injertados, que no presuman estas ramas nuevas sino que recuerden que no sostienen ellas a la raíz, sino que es la raíz quien las sostiene a ellas.» Les previene así a los cristianos nuevos que si Dios no tiene miramiento con las ramas naturales, a lo mejor tampoco lo tienen las ramas injertadas, prevención que sigue válida.

Veinte siglos después, después del Concilio Vaticano II, en su «Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas», dice: «La Iglesia de Cristo reconoce que, conforme al misterio salvífico de Dios, ya en los Patriarcas, en Moisés y en los Profetas se encuentran los comienzos de su fe y de

su elección. Afirma que todos los cristianos hijos de Abraham según la fe, están incluidos en la vocación del mismo Patriarca y que la salvación de la Iglesia está místicamente prefigurada en la salida del pueblo elegido de la tierra de esclavitud. La Iglesia no puede, por tanto, olvidar que ha recibido la Revelación del Antiguo Testamento por medio del pueblo con quien Dios se dignó establecer, por su infinita misericordia, la Antigua Alianza; ni puede olvidar que se nutre de la raíz del buen olivo, en el que han sido injertadas las ramas del olivo silvestre que son los gentiles. Pues la Iglesia cree que Cristo, nuestra paz, reconcilió por la cruz a los judíos y gentiles y que de ambos hizo una sola cosa en sí mismo.» Es S. Pablo Redivivo.

Para Lustiger, el cristianismo no es simplemente el cumplimiento del judaísmo, es algo mucho más complejo y profundo. En el Mesías Cristo, Dios ha conseguido las promesas hechas a Israel; por eso el Nuevo Testamento habla de la «plenitud» para anunciar la vuelta de Cristo, la segunda venida y su manifestación en gloria. Todo esto en su conjunto es el verdadero cumplimiento; por eso se ha podido decir que en el Nuevo Testamento está escondido el Antiguo y que éste se hace día, se hace luz en el Nuevo. Por eso el cristianismo no puede ser un anti-judaísmo.

En la historia en su continuidad, una historia en la que la esperanza mesiánica está dada a Israel, éste tiene siempre su papel puesto que el fin de los tiempos del hombre no ha llegado aún; por eso se tiene que seguir diciendo que del Mesías volverá en su gloria, porque así está anunciado por el mismo Jesús. Por eso también los discípulos de Cristo acabaron por entender que hacía falta que el Mesías sufriera antes de entrar en su gloria, así como que los sufrimientos del Mesías no han terminado en sus miembros. La categoría de «cristiano» no borra las categorías de judío o de pagano; es Dios el que ha hecho gracia a Israel; Dios le ha dado la existencia para la salud de todo hombre por la «venida del Reino», y según las promesas es en Israel donde el Mesías sufriente ha aparecido ya. Por ello, hasta la venida del Mesías en gloria, el judío sigue siendo judío.

Refiriéndose a San Pablo y a la acusación de que son los judíos y no los paganos los que han crucificado al Mesías, dice Lustiger que esto no es verdad. Según San Pablo son todos los hombres los que le han crucificado; especialmente es Pilatos el que va a cometer procesamiento, una denegación de justicia absoluta. El lleva la responsabilidad legal y son los soldados de Roma los que le crucifican. Pero la medida de la gracia, del perdón y de la misericordia que el Mesías representa, es infinita. Dios Padre ha tomado a su cuenta todo el pecado, a través de la condición humana de su propio Hijo, Jesús, el único, el Israel era ya un hijo muy amado y lo sigue siendo.

El que pretenda decir que es inocente de la muerte de Cristo y que son «los otros» los que le han matado, no puede en verdad creer en Cristo. Por ello el antisemitismo, en su versión pseudoteológica dice: «Son los judíos los que le han matado y no nosotros.» Es blasfematorio, niega el universalismo de la redención y no cree en la mediación del Crucificado, del Hijo de Israel, injustamente perse-

guido, ni en el poder de Dios que salva el pecado de todos para hacer a todos misericordia.

Cristo es el hombre mesiánico: Cristo y sus hermanos, es decir todos los que nacen en El por el bautismo. El rito de agregación es el bautismo; los que deben entrar en la nueva alianza no lo hacen por la circuncisión sino por el bautismo. El bautismo de Juan Bautista ha llegado a ser el bautismo en nombre de Cristo y se da a todos, judíos y paganos, y significa que todos hemos pecado, que todos hemos roto la Alianza, que ninguno de nosotros, judío o pagano, es digno del don que le ha sido dado para entrar en la nueva alianza del Espíritu Santo que los profetas habían anunciado. Lo que sigue siendo verdad es el enigma de la «puesta aparte» de Israel. Ahora bien, ese a modo de apartamiento del pueblo judío es una «puesta en reserva». Lo que ha sido apartado está escondido en la mano de Dios, en virtud del designio de Dios mismo.

Israel sigue siendo bien amado hasta que acabe el tiempo de lágrimas —que es la historia de los hombres— e Israel entero («Khol Israel») descubra la totalidad de la redención. Israel entero quiere decir los vivos y los muertos. Lustiger dice: «Yo no sé lo que podría significar la universalidad de una salud que no incluyese también a los muertos (eso que nosotros llamamos los muertos) tanto como los vivos. Si los muertos no cuentan, si no tienen derecho a la dignidad humana, la existencia, la religión, pierden su sentido. Todos pueden esperar la conversión de Israel y que ésta no es sino el retorno de Dios a Israel, en su totalidad.»

El escándalo que ha sido siempre para el cristianismo en la historia de la salvación, la de los hombres que no han sido evangelizados, sigue vivo, pero para Lustiger este es el secreto de Dios y de su misericordia y nosotros, los hombres, no tenemos derecho a sustituir e impugnar la justicia de Dios; Dios sólo es juez, «¿quién le podrá juzgar a El?». Desde S. Agustín y su «Ciudad de Dios», y de siglo en siglo, todos los pensadores de este tema han sido fascinados por esta cuestión: la de cómo hacer comprensible «espiritualmente» la historia universal. La venida del Mesías la ha profundizado vertiginosamente, pero no la ha suprimido. Ha confirmado y manifestado la universalidad del mensaje bíblico, que comporta la afirmación de que todos los hombres son hermanos. La redención del mundo tiene que ser la redención universal.

Para el Cardenal lo que está claro en todo el proceso de su obra es que se ha sobrepasado al fin el «siglo de las luces» en el corazón de los hombres, y con ello la ilusión racionalista de una comprensión del hombre simplemente en vía de la pura razón. Piensa que hay que reaccionar contra esa tentación de que la era científica permitiría eliminar el mal del mundo. Según la Biblia el mal en el mundo se encuentra inscrito, como un pecado, en la conciencia y en la libertad morales. Es una ilusión pensar que la razón puede ser salvada por la razón. Las sociedades tienen que inventar explicaciones irracionales para enterarse de todo aquello que sobrepasa un razonamiento de pura casualidad. Y en cuanto al mal absoluto, Lustiger piensa que así como hay una experiencia de la existencia de la libertad, la hay también de que la libertad está herida, así como del mal de que el hombre puede ser capaz. Se puede esperar todo del hombre, pero hay que tener

en cuenta la capacidad de mal que el hombre tiene en comparación y confrontación con el bien a que está llamado. No hay buenos y malos porque el peor de los malos puede hacerse bueno y porque no hay condenación absoluta en tanto que Dios no esté condenado. Y creer todo esto es rehusar la razón maniquea, es creer en la libertad.